



La experiencia bélica en *Sin novedad en el frente*: deshumanización y (re)humanización de la muerte

Daniel López Fernández¹

Recibido: 21 de noviembre de 2022 / Aceptado: 14 de diciembre de 2022

Resumen. La Primera Guerra Mundial evidenció los horrores de una matanza industrializada en la que los soldados “proletarizados” eran meras figuras frágiles y fácilmente reemplazables. La muerte anónima en masa experimentada en el frente inició un giro antropológico en la concepción del valor humano. La célebre novela de Erich Maria Remarque *Sin novedad en el frente* mostró con crudeza la deshumanización del soldado en el conflicto bélico, tan solo paliada por el sentimiento de camaradería. No obstante, la obra testimonia también cómo el “rostro del Otro”, según la formulación de Emmanuel Levinas, puede conducir asimismo a una reconsideración ética de la vida humana en el contexto bélico.

Palabras clave: Remarque; Levinas; literatura bélica; Primera Guerra Mundial.

[en] The War Experience in *All Quiet on the Western Front*: Dehumanization and (Re)humanization of Death

Abstract. The First World War exposed the horrors of an industrialized slaughter in which the “proletariat” soldiers were mere fragile and easily replaceable figures. The anonymous mass death experienced on the front initiated an anthropological turn in the conception of human value. The famous novel by Erich Maria Remarque *All Quiet on the Western Front* crudely showed the dehumanization of the soldier in the war conflict, only mitigated by the feeling of camaraderie. However, the work also testifies how the “face of the Other”, as formulated by Emmanuel Levinas, can also lead to an ethical reconsideration of human life in the context of war.

Keywords: Remarque; Levinas; War Literature; First World War.

Sumario. 1. Introducción. 2. La Gran Guerra y la “modernización” de la muerte. 3. Los atolladeros del relato de la Primera Guerra Mundial. 4. *Sin novedad en el frente*: la deshumanización del soldado y el rostro del enemigo. 5. Conclusiones.

Cómo citar: López Fernández, D., «La experiencia bélica en *Sin novedad en el frente*: deshumanización y (re)humanización de la muerte», *Revista de Filología Alemana* 31 (2023), 47-64

¹ Universitat de València (España)
E-mail: dalofer3@alumni.uv.es
ORCID: 0000-0003-0230-4502

1. Introducción

Los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial fueron testigo de una profunda modernización y serialización de los dispositivos técnicos de matar. El carácter industrializado, masivo, anónimo de la muerte y, en general, la total deshumanización del conflicto, arrojaban un manto de ironía sobre todos los ideales y valores que habían teñido el belicismo anterior. Los soldados, reducidos a un número fácilmente reemplazable, experimentaban el miedo, la angustia y la absurdidad del conflicto. Una década más tarde, un amplio número de filmes, obras de teatro y novelas recogerían los testimonios de estos soldados con gran acogida por parte del público. La novela de Erich Maria Remarque *Sin novedad en el frente*, publicada en formato libro en 1929, fue sin duda la más popular e influyente.

El objetivo de la presente investigación es examinar la representación de la violencia bélica en la novela de Remarque, prestando especial atención a su carácter deshumanizador. Para ello, se esbozarán las particularidades de las modernas formas de matar, que encontraron en la Primera Guerra Mundial su campo de experimentación. Ante la experiencia de la “muerte moderna” que amenazaba a los combatientes, los relatos sobre la guerra recalcan el carácter negativo del conflicto, marcado por el aislamiento, la desorientación o la pérdida del heroísmo e individualidad del soldado. En *Sin novedad en el frente*, la camaradería es un refugio en el que el soldado puede conservar cierto vestigio de humanidad, pero el reconocimiento de un destino compartido con el enemigo, según veremos en el análisis del concepto levinasiano del “rostro del Otro”, puede también conducir a una reconsideración ética del valor humano.

2. La Gran Guerra y la “modernización” de la muerte

La Primera Guerra Mundial constituye el fin del “largo siglo XIX” (Hobsbawm 2009: 14) y, a su vez, el acontecimiento fundador del siglo XX, en el que se produjo el descubrimiento de los horrores modernos de la muerte anónima en masa, la destrucción generalizada y la masacre industrial (Traverso 2002: 91). En la Gran Guerra cristalizaron numerosos procesos de serialización y mecanización de los modos de matar, así como el advenimiento definitivo de la modernidad a las prácticas de muerte, cuya génesis simbólica es posible trazar hasta la Revolución Francesa. Como apunta Enzo Traverso, si la ejecución de Luis XVI simbolizaba el fin del Antiguo Régimen, la guillotina anunciaba a su vez “un giro histórico en las metamorfosis de la violencia en Occidente” (2002: 29). Algunas décadas después de la puesta en práctica de esta nueva máquina, Alphonse de Lamartine señalaba que la guillotina tenía la ventaja “de que la sangre de un hombre no era vertida por mano y obra, a menudo incierta, de otro hombre, sino que se ejecutaba el homicidio mediante un instrumento sin alma, insensible como la madera e infalible como el acero” (Lamartine en Arasse 1989: 47). Dado que la guillotina conseguía condensar la ejecución en un breve instante y así suprimir el dolor físico del condenado (Arasse 1989: 47), fue concebida como un progreso de la razón humana, como una innovación que ponía fin a la inhumanidad de la tortura (Arasse 1989: 11).

La guillotina iniciaba, por su propia lógica de funcionamiento, la era de la ejecución como operación técnica, una matanza en la que la racionalidad instrumental priva al sujeto ejecutor de cualquier singularidad. Una era de muerte en serie, mecanizada y anónima, que se irá alejando del espectáculo punitivo (Foucault 1990: 17) al que no había podido sustraerse la propia guillotina. La ejecución en masa, indirecta e invisible, y la deshumanización técnica de la muerte inician, como lo califica Günther Anders, el giro antropológico hacia una “obsolescencia del hombre” (2018a y 2018b), una época marcada por la primacía de las máquinas sobre los hombres y donde “los crímenes más inhumanos serán crímenes sin hombres” (Traverso 2002: 35).

Tal y como explica Michel Foucault en *Vigilar y castigar*, la desaparición del espectáculo punitivo y la ejecución oculta del castigo, como la pena capital, forman parte de la misma lógica del poder que a lo largo de los siglos XVIII y XIX hace aparecer las instituciones disciplinarias (Foucault 1990: 155-197). Los espacios disciplinarios, como las fábricas, los cuarteles militares y las cárceles, se encontraban regidos por los mismos principios de encierro, la sumisión de los cuerpos a la autoridad, la potenciación de su actividad, su subordinación a las máquinas, la organización racional del tiempo o la división y la mecanización del trabajo. Los principios tayloristas y fordistas² de organización industrial del trabajo, que garantizaban los medios necesarios para la producción en serie, así como para la privación de cualquier autonomía e individualidad al obrero³, gozaron de una difusión masiva en el marco de la Primera Guerra Mundial (Maier 1970: 27-61), y sus principios y lógicas de funcionamiento se extendieron pronto a otros ámbitos. Lejos ya de la imagen idealizada del héroe que lucha en el “campo de honor”, convertido ahora en ciudades bombardeadas y paisajes devastados, la Gran Guerra fue precisamente el escenario de una proletarización de los soldados, obreros al servicio de la maquinaria bélica: “Privado del aura del guerrero antiguo, el soldado se sometía a una disciplina militar perfectamente comparable a la de la producción industrial. Al ‘obrero-masa’ de la fábrica fordista le correspondía el ‘soldado-masa’ del ejército moderno” (Traverso 2002: 91).

Marx y Engels habían ya vinculado la división del trabajo en la fábrica capitalista con la táctica militar en los albores del capitalismo industrial (1977: 469), y más tarde Max Weber señalaría las características comunes entre la administración pública, la fábrica y el ejército, que compartían “die ‘Trennung’ des Arbeiters von

² El término taylorismo agrupa todo un conjunto de mecanismos de organización del trabajo industrial promovidos desde la década de 1880 por el ingeniero mecánico Frederick W. Taylor. Frente a los procesos de trabajo realizados en manufacturas, que requerían de obreros hábiles conocedores del gremio, Taylor abogaba por una división del trabajo productivo realizado en cadena, llevado a cabo por obreros en tareas repetitivas y minúsculas y sometidos a los ritmos de las máquinas. Se pretendía así no solo aumentar la productividad, sino también invertir el orden del poder en los espacios de producción al desligar a los obreros del saber productivo propio de la estructura gremial. La hegemonía de las normas de productividad introducidas por Taylor fue consolidada algunas décadas más tarde por el fordismo, que expandió cuantitativamente los principios tayloristas de especialización, estandarización y control de los tiempos del trabajo obrero hasta permitir la formación de una producción en masa.

³ El ideal explícito de trabajador imaginado por Frederick Taylor era un obrero carente de capacidad de autogestión y de ejercicio de su intelecto, sujeto a una labor tan ruda y elemental que podría ser realizada por “un gorila inteligente” (1968: 44). En *Americanismo y fordismo*, Antonio Gramsci aseguraba que el taylorismo conllevaba la ruptura del “viejo nexo psicofísico del trabajo profesional calificado que exigía una cierta participación activa de la inteligencia, de la fantasía, de la iniciativa del trabajador”, así como una reducción de “las operaciones productivas al único aspecto físico maquinal” (2000: 82).

den sachlichen Betriebsmitteln: den Produktionsmitteln in der Wirtschaft, den Kriegsmitteln im Heer, den sachlichen Verwaltungsmitteln in der öffentlichen Verwaltung” (1971: 322). La jerarquía, la obediencia al mando y la división infinitesimal del ejercicio bélico convertían al soldado en una pieza reemplazable, incapaz de asimilar y controlar el esquema global en el que se inscribían sus actos. El soldado “luchaba en la guerra al igual que el obrero produce en cadena, en un contexto en el que el combate había perdido toda su dimensión épica para tornarse una matanza masiva planificada” (Traverso 2002: 92). El soldado proletarizado, anónimo y sustituible había perdido su estatus de héroe para convertirse en un mero apéndice corporal de la máquina bélica de la cual dependía⁴.

El progreso tecnológico hizo de la guerra un proceso de exterminio mecanizado e industrializado que superaba ampliamente los límites técnicos y morales anteriores. Un voluntario de guerra alemán relataba desde el frente en 1915 que lo más atroz de la guerra era que todo se volvía mecánico: “man könnte den Krieg eine Industrie gewerbsmäßigen Menschenschlachtens nennen” (Witkop 1918: 100). En el mismo año, el corresponsal de guerra John Reed escribía que estaba presenciando una “guerra de talleres industriales” en la que “las trincheras son las fábricas que producen la ruina; ruina del espíritu como también del cuerpo, la verdadera muerte” (en Traverso 2002: 96). Y en 1930, tras los violentos compases del conflicto, Ernst Jünger describió la Gran Guerra como la experiencia de “totale Mobilmachung”, “in denen sich die Länder in riesige Fabriken verwandelten, die Armeen am rollenden Bande produzierten, um sie bei Tag und Nacht auf die Schlachtfelder zu entsenden, wo ein ebenfalls sehr mechanisch gewordener blutiger Verzehr die Rolle des Konsumenten übernahm” (1930: 16). Caracterizaciones análogas a los “Proletarier der Zerstörung” de Jünger las encontramos en Henri Barbusse, quien definía a los soldados del período entre 1914 y 1918 como “obreros de la destrucción” (*ouvriers de la destruction*), o también en Arnold Zweig, quien prefería el término “Arbeiter der Zerstörung” (en Hüppauf 1997: 19). La guerra moderna constituía una “gigantesca empresa productiva que, paradójicamente, apuntaba a la destrucción planificada del enemigo y cuyo resultado se medía por el alcance de la masacre” (Traverso 2002: 96).

La embriaguez patriótica que inicialmente recorrió las capitales europeas, deseosas de afirmar los valores del *ethos* nacionalista (heroísmo, virilidad, valentía), dio paso con rapidez a los horrores de la matanza industrializada. La guerra “lost its original analogy to the war of two, the duel, to become anonymous, technical war. If one extends a continuous line over 200 years, from the artillery-men of Napoleon to the rockets and cruise missiles of the end of the twentieth century, one notes a tendency toward and increasing depersonalisation of war” (Maier 2001: 3). El héroe que, gracias a su coraje y valor, conseguía escapar del anonimato e inscribir su nombre en las páginas de la historia nacional, es sustituido por el soldado anónimo y desindividualizado. La Gran Guerra era el conflicto del soldado inidentificado, como testimonia la construcción de “tumbas al Soldado Desconocido” (o

⁴ Como apunta John Keegan, la ametralladora, introducida en 1918, era capaz de ejecutar sus funciones “with the minimum of human attention, supplying its own power and only requiring a steady supply of raw material and a little routine maintenance to operate efficiently throughout a working shift. The machine-gunner is best thought of, in short, as a sort of machine-minder, whose principal task was to feed ammunition belts into the breech” (1983: 234-235).

“conocido por Dios”, según la frase de Rudyard Kipling) en numerosos países europeos tras el conflicto (Rugg 2000: 271).

Al otro lado de la trinchera, el enemigo también se deshumanizaba y se tornaba invisible. La muerte no provenía de un enemigo de carne y hueso, sino de un fuego hostil, indiferente e impersonal (Leed 1979: 149), en medio de un paisaje apocalíptico donde los soldados aparecen como figuras artificiales, desprovistas de humanidad y ocultas tras las máscaras de gas, como manifiestan los cuadros de Otto Dix⁵. La guerra frente a estos enemigos maquinales, deshumanizados, introdujo “una *ruptura antropológica*⁶ que reveló a su vez una nueva percepción de la vida humana” (Traverso 2002: 97-98), una premisa que, como indica Omer Bartov, fue esencial para el genocidio futuro: “It could be argued that the very notion of elusive enemies – who especially in the German case were invariably the Jews – is a crucial precondition for atrocity and genocide, since it postulates that the people one kills are never those one sees but merely what they represent” (2000: 111). Frente a un enemigo “invisible”, deshumanizado y ajeno, el combate se llevaba a cabo con total indiferencia por la vida humana.

La deshumanización del enemigo y la desvalorización progresiva de la vida encontraban su expresión correspondiente en la creación de todo un conjunto de imágenes y propaganda racistas que legitimaban el conflicto bélico al mismo tiempo que denigraban a la nación oponente. Como señala Traverso, la Primera Guerra Mundial “fue un campo de aplicación privilegiado de los estereotipos racistas desarrollados por el darwinismo social y las ciencias médicas de los últimos 25 años del siglo XIX” (2002: 107). La propaganda nacionalista, preparando el terreno para el posterior ascenso del fascismo, apelaba al sentimiento de pertenencia a una comunidad amenazada por un enemigo que adoptaba las características de una “raza” hostil e incluso bárbara⁷. Las potencias de la Alianza acusaban a Alemania de brutalidad por haber empleado gases venenosos en combate, una crueldad que se atribuía a los rasgos físicos (morfología del cráneo, olor) y psíquicos (incapacidad de autocontrol, fetichismo guerrero) de la raza germánica, cercana a los pueblos primitivos. Por su parte, Alemania legitimaba el conflicto como la defensa de una rica tradición cultural frente a los salvajes eslavos del Este y las tropas multirraciales francobritánicas al Oeste (Traverso 2002: 108).

Entre las transformaciones que la Gran Guerra introdujo en el imaginario colectivo figura, asimismo, el acostumbramiento general a la muerte en masa⁸. Georg

⁵ Véase la colección de grabados publicada en 1924 con el título *Der Krieg*, que incluye algunas de sus obras más famosas como *Sturmtruppe geht unter Gas vor* o *Zerfallender Kampfgraben*.

⁶ En cursiva en el original.

⁷ Suscribo aquí el juicio de Étienne Balibar en “Racismo y nacionalismo”, donde afirma que ambos términos, a pesar de sus ambivalencias y distinciones, conforman un ciclo de reciprocidad histórica. Por una parte, el racismo surge sin cesar del nacionalismo, puesto que la etnicidad ficticia que constituye el Estado-nación (la producción imaginativa de “pueblos” o “razas”) se define históricamente *contra* otras unidades imaginarias. Por otra, el nacionalismo surge sin cesar del racismo, en cuanto que las redes de prejuicios, discursos y comportamientos racistas mantienen una relación necesaria con el nacionalismo y contribuyen a crearlo al producir esa etnicidad ficticia alrededor de la cual se organiza este último (Balibar 1991: 80-81).

⁸ Günther Anders observa en la obra del artista George Grosz un reflejo fúnebre y a menudo irónico de los horrores de la Primera Guerra Mundial y de las mutaciones que estaban experimentando las sociedades europeas en ese momento. Sus pinturas de este periodo, como *Metropolis* (1916-1917) o *Widmung an Oskar Panizza* (1918), muestran paisajes urbanos caóticos y decadentes habitados por individuos mutilados, deformados y acosados por la muerte. La impresión que se desprende de estas figuras es la de una sociedad enferma, sacudida por las llamas y roída por los estertores de la guerra. Según Anders, la musa de Grosz era el

Mosse ilustra este fenómeno por medio de un contraste muy significativo: en 1903, el asesinato de 49 judíos durante un pogromo en la ciudad de Kishinev, perteneciente al Imperio ruso, causó un revuelo internacional; sin embargo, el genocidio de más de un millón y medio de armenios en el Imperio Otomano durante la guerra fue rápidamente olvidado (1990: 160). Esta mutación de las sociedades europeas dependía, en buena parte, del hecho de que el carácter masivo de la guerra, unido a los avances técnicos en juego, había desdibujado la frontera entre el campo de batalla y el espacio civil. La guerra ya no se ejercía únicamente contra el ejército enemigo, sino también contra la población enemiga (Reemtsma 1997: 392). Los bombardeos de ciudades, la deportación de ciudadanos, la toma de rehenes o el trabajo forzado de civiles⁹ evidenciaban una suspensión del Estado de derecho y un tratamiento de la sociedad civil como enemigos de guerra, al mismo tiempo que ponían en tela de juicio ciertas garantías que se consideraban como evidentes e irreversibles desde la Ilustración: la no violabilidad de las poblaciones, la prohibición de la tortura o el respeto por la vida de los prisioneros (Hobsbawm 1998: 253-265).

3. Los atolladeros del relato de la Primera Guerra Mundial

Desde finales de los años 20, el mercado literario europeo estuvo en buena medida dominado por las novelas y memorias de guerra (Eksteins 1980: 345). Frente a los representantes de la estética bélica conservadora – o fascista –, como Oswald Spengler o Ernst Jünger (Calero Valera 2015: 3), quienes glorificaban la experiencia en el frente y su carácter heroico¹⁰, en la literatura antibélica la guerra aparecía desprovista de toda aura romántica. Los “campos de honor” se habían transformado en trincheras kilométricas descritas como cementerios en los que los soldados se apilan y agonizan; el paisaje tras la batalla es alegóricamente descrito como un

“asco” (*Ekel*), y los objetos que pintaba eran en esencia “cosas asesinadas” o “susceptibles de ser asesinadas”: “Lo que se ofrece a nuestros ojos es un universo que no sólo no conoce la “muerte natural” [...] sino aún más en el que el hecho de ser asesinado aparece como la manera de ser más natural y ampliamente extendida. ‘Ser=’Ser víctima’. Esa equivalencia fundamental no sólo parece valer para los seres humanos de Grosz, sino universalmente; para todas las cosas y criaturas de su mundo de imágenes, para su mundo al completo” (2005: 43).

⁹ Durante el conflicto, se multiplicaron los campos de internación para las poblaciones civiles desplazadas de sus países, así como los campos de concentración destinados a los prisioneros de guerra. Surgidos de la necesidad imperante de encerrar a un número cada vez mayor de prisioneros, en 1916 se contaban ya entre centenares los campos localizados no solo en Europa, sino también en otros lugares como la India, Japón o Australia. Allí, los reclusos eran convertidos en trabajadores forzados, sometidos a funciones disciplinarias (puniciones corporales, sumisión a la autoridad de los campos) y productivas (en cuanto mano de obra para la construcción de rutas y de vías férreas, tala de árboles, etc.) (Traverso 2002: 101). Hannah Arendt consideraba a esta masa de civiles deportados o internados como los “fuera de la ley” que, especialmente a partir de los Tratados de Paz de 1919 y 1920, constituían una categoría de individuos privados de toda protección jurídica, confinados en un estado de excepción que prefiguraba una de las condiciones esenciales de los futuros genocidios (1998: 225-252).

¹⁰ En 1922, Ernst Jünger describía la guerra como un *inneres Erlebnis*, como una experiencia creadora que definía a la humanidad: “Der Krieg ist es, der die Menschen und ihre Zeit zu dem machte, was sie sind. [...] Der Krieg, aller Dinge Vater, ist auch der unsere; er hat uns gehämmert, gemeißelt und gehärtet zu dem, was wir sind” (1926: 3-4). Algunos años más tarde, en 1930, Walter Benjamin criticaba duramente esta estetización de la guerra y su exacerbada exaltación del nihilismo técnico deshumanizador (1972: 238), cuya filosofía prefiguraba la visión fascista del erotismo bélico y el antihumanismo genocida.

infierno¹¹ y los cuerpos mutilados, quemados o putrefactos exhalan un hedor a muerte que asalta a los soldados antes incluso de que la primera línea enemiga sea visible.

En esta pluralidad de relatos destaca, paradójicamente, “el carácter indescriptible de la experiencia vivida, la distancia que la separa de la palabra y de lo escrito, medios se suponen permiten restituir lo vivido” (Traverso 2002: 103). El pintor Franz Marc, alistado como voluntario en el frente alemán y perecido en la batalla de Verdún, entendía la guerra como un combate gigantesco, “den Worte nie werden schildern können” (1920: 117). Para el escritor Robert Graves, los períodos de permiso fuera de la batalla estaban acompañados de un profundo malestar: “the idea of being and staying at home was awful because you were with people who didn’t understand what this was all about. [...] You can’t communicate noise. Noise never stopped for one moment—ever” (en Fussell 2013: 185). Louis Simpson especula sobre la razón por la cual los soldados de infantería rara vez expresan sus experiencias en lenguaje: “To a foot-soldier, war is almost entirely physical. That is why some men, when they think about war, fall silent. Language seems to falsify physical life and to betray those who have experienced it absolutely—the dead” (en Hamilton 1965: 172)¹². Para Paul Fussell, la distancia entre las palabras y los hechos no se debía a una deficiencia del lenguaje; no se trataba tanto de un problema de lingüística sino de retórica: “The real reason is that soldiers have discovered that no one is very interested in the bad news they have to report. What listener wants to be torn and shaken when he doesn’t have to be? We have made *unspeakable* mean indescribable: it really means *nasty*” (2013: 184)¹³.

En su ensayo de 1936 sobre la figura del narrador en la obra del escritor ruso Nikolái Leskov, Walter Benjamin nos habla de un momento determinante de ruptura en la sociedad moderna, caracterizado por el fin del arte de la narración, por el abandono de las formas tradicionales de transmisión de la memoria y por la pérdida de la facultad de intercambio de experiencias que antes se creía inalienable. Esta

¹¹ Esto escribe Omer Bartov sobre la imaginaria infernal a la luz de las dos guerras mundiales: “Hell enjoys the advantage of accommodating only sinners, and is ruled by strict laws and divine logic. The landscapes of World War One and the Holocaust, on the other hand, are the domain of the innocent, inhabited by souls who never expected to end up in them, and conforming to no rational plan or logic decipherable by their victims (although precisely because they are real, their inhabitants and survivors are often obsessed with figuring out both the responsibility for and the purpose of their ordeal). Indeed, the major difference between a subterranean Hell and these earthly environs is that while the former is, by definition, either a product of the imagination or the creation of superhuman forces, the latter are man-made” (1996: 33).

¹² Aquí, como en muchos otros lugares, los testimonios de los soldados participantes en la Primera Guerra Mundial atestiguan similitudes estremecedoras con los relatos de quienes posteriormente sobrevivieron a la experiencia de los campos de concentración nazis. De forma análoga a lo que precisa Louis Simpson, en *Los hundidos y los salvados* Primo Levi dice ser un “mal” testigo justamente porque él pudo salir con vida de Auschwitz: “Al cabo de los años se puede afirmar hoy que la historia de los Lager ha sido escrita casi exclusivamente por quienes, como yo, no han llegado hasta el fondo. Quien lo ha hecho no ha vuelto, o su capacidad de observación estuvo paralizada por el sufrimiento y la incompreensión” (Levi 2001: 7-8). Al igual que a los soldados de la Gran Guerra, a Primo Levi y a muchos otros deportados a campos de concentración les obsesionaba el pensamiento de no poder transmitir a sus familiares la experiencia vivida, que les asaltaba bajo la forma de una pesadilla durante las noches de cautiverio: “Es curioso que esa misma idea (‘aunque lo contásemos, no nos creerían’) aflorara, en forma de sueño nocturno, de la desesperación de los prisioneros. Casi todos los liberados, de viva voz o en sus memorias escritas, recuerdan un sueño recurrente que los acosaba durante las noches de prisión y que, aunque variara en los detalles, era en esencia el mismo: haber vuelto a casa, estar contando con apasionamiento y alivio los sufrimientos pasados a una persona querida, y no ser creídos, ni siquiera escuchados” (2001: 5).

¹³ En cursiva en el original.

ruptura, asegura Benjamin, puede ser constatada a raíz de los eventos de la Gran Guerra: “Mit dem Weltkrieg begann ein Vorgang offenkundig zu werden, der seither nicht zum Stillstand gekommen ist. Hatte man nicht bei Kriegsende bemerkt, dass die Leute verstummt aus dem Felde kamen? nicht reicher – ärmer an mitteilbarer Erfahrung” (2007: 104). Esto, continúa Benjamin, se encontraba profundamente ligado al hecho de que la guerra negaba cualquier experiencia vivida: “Eine Generation, die noch mit der Pferdebahn zur Schule gefahren war, stand unter freiem Himmel in einer Landschaft, in der nichts unverändert geblieben war als die Wolken und unter ihnen, in einem Kraftfeld zerstörender Ströme und Explosionen, der winzige, gebrechliche Menschenkörper” (2007: 190).

4. *Sin novedad en el frente: la deshumanización del soldado y el rostro del enemigo*

La desilusión de toda una generación de jóvenes que vivieron la experiencia en el frente encontró su expresión más acertada en una novela que marcó un antes y un después en el “boom” de textos literarios sobre la guerra, *Sin novedad en el frente*:

Ich bin jung, ich bin zwanzig Jahre alt; aber ich kenne vom Leben nichts anderes als die Verzweiflung, den Tod, die Angst und die Verkettung sinnlosester Oberflächlichkeit mit einem Abgrund des Leidens. Ich sehe, dass Völker gegeneinandergetrieben werden und sich schweigend, unwissend, töricht, gehorsam, unschuldig töten. Ich sehe, dass die klügsten Gehirne der Welt Waffen und Worte erfinden, um das alles noch raffinierter und länger dauernd zu machen. Und mit mir sehen das alle Menschen meines Alters hier und drüben, in der ganzen Welt, mit mir erlebt das meine Generation. (Remarque 1929: 260)

La novela, publicada en formato libro en 1929, está escrita en primera persona desde la perspectiva de Paul Bäumer, un joven estudiante que se alista en el ejército alemán con algunos de sus compañeros. El relato de Paul, en parte basado en las experiencias del propio autor, está marcado por un profundo antibelicismo, que supuso la prohibición del libro en 1933. En la novela de Remarque se reflejan con prosaica crudeza las vicisitudes de la guerra y los paradigmas modernos de violencia que se habían experimentado en el frente. En contraste con el heroísmo bélico propagandeado por la generación anterior¹⁴, *el no man's land* de la guerra se convirtió en el lugar simbólico “del nuevo *ethos* de la guerra total: una zona de suspensión del derecho, de afirmación de la existencia por el combate, un espacio de destrucción y muerte, de exposición de la vida misma al desencadenamiento de la violencia mecánica, en medio de una naturaleza vuelta salvaje gracias al poder técnico” (Traverso 2002: 110). Bajo los estertores de la guerra moderna, como apuntaba Benjamin, la vida humana aparecía desnuda, indefensa. El armamento

¹⁴ En el primer capítulo de la obra encontramos ya la siguiente denuncia expresada por Paul Bäumer: “Während sie noch schrieben und redeten, sahen wir Lazarette und Sterbende; - während sie den Dienst am Staate als das Größte bezeichneten, wussten wir bereits, dass die Todesangst stärker ist. [...] [W]ir liebten unsere Heimat genau so wie sie, und wir gingen bei jedem Angriff mutig vor; - aber wir unterschieden jetzt, wir hatten mit einem Male sehen gelernt. Und wir sahen, dass nichts von ihrer Welt übrig blieb” (Remarque 1929: 18-19).

moderno encerraba el horizonte mortífero de la técnica: “Trommelfeuer, Sperrfeuer, Gardinenfeuer, Minen, Gas, Tanks, Maschinengewehre, Handgranaten – Worte, Worte, aber sie umfassen das Grauen der Welt” (Remarque 1929: 136). Los tanques representan para Paul Bäumer la atrocidad de la guerra:

Diese Tanks sind Maschinen, ihre Kettenbänder laufen endlos wie der Krieg, sie sind die Vernichtung, wenn sie fühllos in Trichter hineinrollen und wieder hochklettern, unaufhaltsam, eine Flotte brüllender, rauchspeiender Panzer, unverwundbare, Tote und Verwundete zerquetschende Stahltiere – wir schrumpfen zusammen vor ihnen in unserer dünnen Haut. (Remarque 1929: 276-277)

La idealización de la guerra y la erotización del conflicto de Jünger desaparece en Remarque, donde solo hay lugar para una violencia experimentada en el cuerpo que traspasa los límites posibles de lo humano: “Wir sehen Menschen leben, denen der Schädel fehlt; wir sehen Soldaten laufen, denen beide Füße weggefetzt sind; [...] wir sehen Leute ohne Mund, ohne Unterkiefer, ohne Gesicht” (Remarque 1929: 137).

Paul describe acertadamente la guerra como un “Automatentum” (Remarque 1929: 118), en el que el frenesí del conflicto bélico y la experiencia de las formas modernas de aniquilamiento hacen del soldado un sujeto inconsciente que existe solo por y para su supervivencia. Todas las demás manifestaciones vitales “liegen im Winterschlaf, das Leben ist nur auf einer ständigen Lauer gegen die Bedrohung des Todes, – es hat uns zu denkenden Tieren gemacht, um uns die Waffe des Instinktes zu geben, – es hat uns mit Stumpfheit durchsetzt, damit wir nicht zerbrechen vor dem Grauen, das uns bei klarem, bewusstem Denken überfallen würde” (Remarque 1929: 268). Los ejércitos, como señalaba Jünger, son producidos en cadena para asegurar el exterminio masivo. El soldado, desprovisto de su aura humana y de cualquier individualidad, es concebido únicamente en términos de fuerza útil y productiva en el acto de matar: “jeder Soldat [fällt] einem dieser zahlreichen Heldengreifer in die Finger, die sich bemühen, auf ihrer Liste möglichst viele a.v. und g.v. in k.v.¹⁵ zu verwandeln” (Remarque 1929: 276).

La guerra aparece como el único horizonte de realidad, más allá del cual no existe nada más: “Wir waren achtzehn Jahre und begannen die Welt und das Dasein zu lieben; wir mussten darauf schießen. Die erste Granate, die einschlug, traf in unser Herz. Wir sind abgeschlossen vom Tätigen, vom Streben, vom Fortschritt. Wir glauben nicht mehr daran; wir glauben an den Krieg” (Remarque 1929: 91). Las imágenes del pasado, traídas por el silencio y las canciones populares de soldados, son recordadas por Paul como retazos de una vida ahora extraña e irrecuperable, de un mundo que ha terminado y que se ha llevado con él su juventud: “Wir sind tot, und sie [die Erinnerung] steht fern am Horizont, sie ist eine Erscheinung, ein rätselhafter Widerschein. [...] Sie ist stark, und unser Begehren ist stark; – aber sie ist unerreichbar, und wir wissen es. Sie ist ebenso vergeblich wie die Erwartung, General zu werden” (Remarque 1929: 124-125).

¹⁵ Las siglas hacen referencia al estado médico del soldado, especificando si puede o no ejercer todas las tareas que se le requirieron fuera y dentro del campo de batalla: a.v. = arbeitsverwendungsfähig; g.v. = garnisonsverwendungsfähig; k.v. = kriegsverwendungsfähig.

El regreso a casa durante los permisos hace patente de la forma más cruel el abismo de incompreensión entre el soldado y aquellos que no han experimentado la guerra:

Wenn ich sie so sehe, in ihren Zimmern, in ihren Büros, in ihren Berufen, dann zieht das mich unwiderstehlich an, ich möchte auch darin sein und den Krieg vergessen; aber es stößt mich auch gleich wieder ab, [...] wie kann das alles so sein, während draußen jetzt die Splitter über die Trichter sausen und die Leuchtkugeln hochgehen, die Verwundeten auf Zeltbahnen zurückgeschleift werden und die Kameraden sich in die Gräben drücken! (Remarque 1929: 171)

Cuando su padre le pide que le relate su experiencia en el frente, Paul teme constestar debido a la toma activa de conciencia que supone traducir una experiencia física en lenguaje hablado: “Ich begreife, dass er nicht weiß, dass so etwas nicht erzählt werden kann [...]. Es ist eine Gefahr für mich, wenn ich diese Dinge in Worte bringe, ich habe Scheu, dass sie dann riesenhaft werden und sich nicht mehr bewältigen lassen. Wo blieben wir, wenn uns alles ganz klar würde, was da draußen vorgeht” (Remarque 1929: 167).

Dado que la guerra y el trauma del conflicto bélico parecen la única realidad posible, la camaradería y la fraternidad se plantean como el único reducto que pueden salvar en el soldado un fragmento de humanidad. Desde los primeros momentos en el cuartel, cuyo régimen disciplinario debe acallar cualquier signo de insubordinación y de crítica hacia la lógica bélica, Paul encuentra entre sus compañeros “ein festes, praktisches Zusammengehörigkeitsgefühl” que luego, en campaña, “zum Besten steigerte, was der Krieg hervorbrachte: zur Kameradschaft” (Remarque 1929: 32). Para Paul las voces de sus camaradas son, en el instante de supervivencia,

mehr als mein Leben, diese Stimmen, sie sind mehr als Mütterlichkeit und Angst, sie sind das Stärkste und Schützendste, was es überhaupt gibt. [...] Ich bin nicht mehr ein zitterndes Stück Dasein allein im Dunkel – ich gehöre zu ihnen und sie zu mir, wir haben alle die gleiche Angst und das gleiche Leben, wir sind verbunden auf eine einfache und schwere Art. (Remarque 1929: 211)

Este sentimiento de compañerismo difícilmente podía extenderse al soldado al otro lado de la trinchera. En el frenesí del combate, los soldados se sentían “über-schwemmt von dieser Welle, die uns trägt, die uns grausam macht, zu Wegelagerern, zu Mördern, zu Teufeln meinerwegen, dieser Welle, die unsere Kraft vervielfältigt in Angst und Wut und Lebensgier, die uns Rettung sucht und erkämpft” (Remarque 1929: 117). “Käme dein Vater – se atreve a decir Paul – mit denen drüben, du würdest nicht zaudern, ihm die Granate gegen die Brust zu werfen” (Remarque 1929: 117). Pero, al mismo tiempo, los soldados tienen conciencia de que los enemigos no son diferentes a ellos: “Und in Frankreich sind die meisten Menschen doch auch Arbeiter, Handwerker oder kleine Beamte. Weshalb soll nun wohl ein französischer Schlosser oder Schuhmacher uns angreifen wollen? Nein, das sind nur die Regierungen” (Remarque 1929: 205). Ningún soldado raso desea la guerra, y la experiencia bélica es la misma para todos: “Granaten, Gasschwaden und Tankflottillen – Zerstampfen, Zerfressen, Tod. Ruhr, Grippe, Typhus – Würgen, Verbrennen, Tod. Graben, Lazarett, Massengrab – mehr Möglichkeiten gibt es

nicht” (Remarque 1929: 277), ni para alemanes, ni para franceses, ni para ingleses. Si la camaradería permite dotar de cierta humanidad al soldado, ¿puede la conciencia de un destino compartido (re)humanizar también al enemigo?

Como defiende Richard Middleton-Kaplan (2008: 72-90), la literatura (anti)bélica se presta con facilidad a análisis textuales a través del concepto del “rostro del Otro” de Emmanuel Levinas, si bien esta posibilidad de exégesis ha sido frecuentemente pasada por alto¹⁶. La experiencia bélica esbozada en *Sin novedad en el frente*, en concreto, constituye la representación literaria por excelencia del tipo de reconocimiento ético que Levinas entendía como necesario, e incluso inevitable, en el encuentro con el Otro, con el enemigo. Un encuentro que, a pesar de los avatares de la guerra moderna mecanizada y desindividualizada, encuentra su hueco en numerosos pasajes de la novela de Remarque.

Según Levinas, el encuentro cara a cara con el Otro supone una experiencia transformadora sustentada sobre un imperativo ético. El rostro del Otro, y en particular los ojos, desarmen cualquier tentativa de matar. En *Difícil libertad*, Levinas asegura que “[s]e mira una mirada. Mirar una mirada es mirar aquello que no se abandona, que no se entrega, aquello que nos *apunta*: es mirar el *rostro*”¹⁷ (2005: 94). ¿Y si lo que nos apunta no es solo un rostro sino también un arma? En combate, el soldado se enfrenta a dos órdenes contradictorias: la orden del rostro del Otro de no acabar con él y, a su vez, la orden del mando militar de matar al enemigo (Middleton-Kaplan 2008: 73). Para Levinas, el rostro del Otro nos conduce a la responsabilidad ética y a una respuesta humana ante la tragedia. En el encuentro cara a cara, en la sociabilidad y su significación moral, se encuentra la más pura e irreductible experiencia relacional (1991: 43). El rostro es “lo que no se puede matar, o, al menos, eso cuyo sentido consiste en decir: ‘No matarás’. [...] Hay, en la aparición del rostro, un mandamiento, como si un amo me hablase. Sin embargo, al mismo tiempo, el rostro del Otro está desprotegido; es el pobre por el que yo puedo todo y a quien todo debo” (Levinas 1991: 47-48). Levinas asegura, además, que esta obligación respecto al Otro se perpetúa constantemente: “Es una exigencia de santidad. Nadie puede, en ningún momento, decir: He cumplido todo mi deber” (1991: 55). El rostro del Otro interrumpe la violencia del yo e introduce la imposibilidad de matar (Levinas 2005: 95).

Consecuentemente, el asesinato solo es posible “cuando uno no ha mirado al otro cara a cara. La imposibilidad de matar no es real, sino moral” (Levinas 2005: 96). La Primera Guerra Mundial, laboratorio de las nuevas posibilidades técnicas del armamento moderno, abría la posibilidad de un conflicto “anónimo”, en el que el fuego provenía de enemigos “invisibles”¹⁸. Pero a pesar de los paradigmas de violencia experimentados durante la Gran Guerra, la novela de Remarque proporciona un marco ético levinasiano para analizar ciertos encuentros entre soldados enemigos que sobrepasan el carácter anónimo de la guerra y que requieren de una ética y de un profundo humanismo capaces de contrarrestar la profunda deshuma-

¹⁶ Algunas excepciones a esta significativa omisión, además del texto de Middleton-Kaplan, son: Jacques, Johanna. “Where Nothing Happened.” *Social & Legal Studies* 26 (2016): 230-248; Barszczak, Stanisław. “War, Peace and Love by Emmanuel Lévinas.” *Lingua ac Communitas* 22 (2012): 33-58; o el volumen de Fagenblat, Michael y Arthur Cools (eds.). *Levinas and Literature*. Berlín, 2021.

¹⁷ En cursiva en el original.

¹⁸ Dice Paul Bäumer: “Die trockenen Salven der Maschinengewehre knarren. Über uns ist die Luft erfüllt von unsichtbarem Jagen, Heulen, Pfeifen und Zischen” (Remarque 1929: 62). La cursiva es propia.

nización experimentada por los soldados. En el capítulo VI, cuando Paul y sus compañeros son atacados por un regimiento francés, este experimenta la visión del rostro del Otro.

Im Augenblick, als wir zurückgehen, heben sich vorn drei Gesichter vom Boden. Unter einem der Helme ein dunkler Spitzbart und zwei Augen, die fest auf mich gerichtet sind. Ich hebe die Hand, aber ich kann nicht werfen in diese sonderbaren Augen, einen verrückten Moment lang rast die ganze Schlacht wie ein Zirkus um mich und diese beiden Augen, die allein bewegungslos sind, dann reckt sich drüber der Kopf auf, eine Hand, eine Bewegung, und meine Handgranate fliegt hinüber, hinein. (Remarque 1929: 116)

En un principio, el rostro del soldado francés detiene la mano de Paul, como si le hubiera ordenado no atacar. De la anacronía entre el tiempo de narración y el tiempo de los hechos narrados surge la sensación de experimentar un momento congelado en el tiempo, provocado por la inmediatez del rostro del Otro. En concreto son sus “ojos extraños”, clavados en él, los que pausan la violencia. Levinas escribe que los ojos, “absolutamente desprotegidos, la parte más desnuda del cuerpo humano, ofrecen sin embargo una resistencia absoluta donde se inscribe la tentación del asesinato” (2005: 95). Paul acaba tirando la granada, pero ello ocurre solo cuando desvía su mirada del rostro del soldado, y ve únicamente partes del cuerpo inconexas y amenazantes: una cabeza, una mano y un movimiento.

El instinto de supervivencia supera el reconocimiento momentáneo del rostro del Otro y la subsiguiente relación ética con este rostro. Como señala John Keegan, los soldados “confronted with the threat or reality of extreme personal danger, [...] will center on the issue of survival” (1983: 39). El impulso ético levinasiano se enfrenta, pues, al terror y a la confusión irreflexiva del momento. El imperativo moral con respecto al Otro se encuentra en guerra con otra instancia ética: la de salvar la propia vida. Inmediatamente después de que él y sus camaradas maten a los soldados enemigos, Paul reconoce que “aus uns sind gefährliche Tiere geworden. Wir kämpfen nicht, wir verteidigen uns vor der Vernichtung. Wir schleudern die Granaten nicht gegen Menschen, was wissen wir im Augenblick davon, dort hetzt mit Händen und Helmen der Tod hinter uns her” (Remarque 1929: 116). Se trata de una violencia animal, instintiva, cuyo ejercicio requiere reducir el rostro a un objeto inanimado y sin vida: una mano, un casco. La cara a la que se enfrentan Paul y sus camaradas no es la del enemigo, sino la de la muerte. La violencia desfigura al enemigo, borra su rostro. Para ejercer la masacre, es necesario deshumanizar al contrincante, eliminar su rostro humano.

Paul será capaz, no obstante, de reconocer de nuevo en otros momentos de la novela el rostro del Otro y atender la obligación ética que de él se desprende. Mientras hace de centinela en el campo de prisioneros rusos, Paul tiene la oportunidad de observar de cerca a los combatientes de la nación enemiga. Mientras los contempla, su perspectiva sobre ellos parece agudizarse, y las figuras se tornan en rostros: “In der Dunkelheit sieht man ihre Gestalten sich bewegen, wie kranke Störche, wie große Vögel. Sie kommen dicht an das Gitter heran und legen ihre Gesichter dagegen, die Finger sind in die Maschen gekrallt. Oft stehen viele nebeneinander. So atmen sie den Wind, der von der Heide und den Wäldern herkommt” (Re-

marque 1929: 192). Paul no duda en decir que “sie sind menschlicher und, ich möchte fast glauben, brüderlicher zueinander als wir hier” (Remarque 1929: 193). Un sentimiento de solidaridad surgido de la desgracia compartida. En este momento Paul reconoce, también, que no sabe nada de estos prisioneros. No conoce sus nombres, sus historias, sus anhelos o sus angustias. Más aún, es consciente de que

ein Befehl hat diese stillen Gestalten zu unseren Feinden gemacht; ein Befehl könnte sie in unsere Freunde verwandeln. [...] Jeder Unteroffizier ist dem Rekruten, jeder Oberlehrer dem Schüler ein schlimmerer Feind als sie uns. Und dennoch würden wir wieder auf sie schießen und sie auf uns, wenn sie frei wären. (Remarque 1929: 193-194)

Paul intenta acceder momentáneamente al Otro más allá de su significante cultural, de su estatus arbitrario e impuesto como “enemigo” nacional, un ejercicio necesario para el reconocimiento pleno del Otro (Levinas 1974: 57). Los rostros de los soldados enemigos, ahora cautivos e indefensos, fuerzan a Paul a desarrollar una empatía ajena a la violencia bélica. Es precisamente por ello que, tras este breve momento de cercanía con el Otro, Paul debe apartar la mirada, ante el reconocimiento de una contradicción irreconciliable: “Ich erschrecke; hier darf ich nicht weiterdenken. Dieser Weg geht in den Abgrund. Es ist noch nicht die Zeit dazu” (Remarque 1929: 194). Sabe que, si ve al enemigo como humano, como una persona movida también por fuerzas y órdenes ajenas, no podrá funcionar como soldado, y probablemente morirá. Sin embargo, Paul no quiere sacrificar del todo este vínculo aún frágil pero palpable con el Otro, pues será esto lo que otorgue un mínimo de sentido a su experiencia fuera de la guerra una vez el conflicto haya acabado:

Aber ich will den Gedanken nicht verlieren, ich will ihn bewahren, ihn fortschließen, bis der Krieg zu Ende ist. Mein Herz klopft: ist hier das Ziel, das Große, das Einmalige, an das ich im Graben gedacht habe, das ich suchte als Daseinsmöglichkeit nach dieser Katastrophe aller Menschlichkeit, ist es eine Aufgabe für das Leben nachher, würdig der Jahre des Grauens? (Remarque 1929: 194)

Poco después de haberse visto tentado por ese abismo de simpatía, Paul experimenta de forma aún más intensa la presencia del Otro. Durante una ofensiva de las tropas francesas, un soldado francés cae en el cráter en el que Paul se encontraba a cubierto. Instintivamente, este lo mata: “Ich denke nichts, ich fasse keinen Entschluss – ich stoße rasend zu und fühle nur, wie der Körper zuck und dann weich wird und zusammensackt. Meine Hand ist klebrig und nass, als ich zu mir komme” (Remarque 1929: 215). En el furor y miedo del momento, Paul no ve un rostro, sino únicamente un cuerpo. Pero con el arma en la mano, dispuesto a dar el cuchillazo final, se siente tan débil ante la presencia del soldado, “die Augen starr auf ihn gerichtet” (Remarque 1929: 215), que le es imposible asestar el golpe. No puede asesinar a alguien cuyo rostro tiene tan cerca, y cuya presencia humana lo apela.

Si, como asegura Levinas, “la desnudez del rostro es indignancia y ya súplica en la lealtad que me señala” (1974: 60), Paul intenta en un primer momento evitar la

dimensión ética de la presencia del Otro desviando la mirada del soldado herido: “Ich wage keinen Blick mehr zu der dunklen Gestalt im Trichter. Angestrengt sehe ich vorbei und warte, warte” (Remarque 1929: 113). A la mañana siguiente, no obstante, Paul no puede evitar mirar el rostro del soldado enemigo, lo que da pie a un profundo cambio emocional. Mientras el soldado agoniza herido, Paul se le acerca y se refiere a este por primera vez como “él” y no simplemente como “la figura”. En especial es la herida abierta del soldado lo que motiva el acercamiento al Otro. Como señala Levinas,

la apertura es lo descarnado de la piel expuesta a la herida y al ultraje. La apertura es la vulnerabilidad de una piel ofrecida [...]. Al descubierto, abierta como una ciudad declarada abierta ante la llegada del enemigo, la sensibilidad, más allá de toda voluntad, de toda declaración, de toda postura – es la vulnerabilidad misma. (Levinas 1974: 122-123)

La herida abierta del soldado francés, expuesto en toda su vulnerabilidad, rescata la sensibilidad, el sentimiento humanitario y el respeto por la vida que Paul había forzosamente perdido en el frente.

El peligro al que se expone Paul no es el de un ataque del enemigo, que ahora yace inmóvil e indefenso, sino el que proviene de la vulnerabilidad de este último; una vulnerabilidad de la que Paul había intentado antes escapar con tal de sobrevivir en medio del contexto deshumanizador de la guerra, pero que ahora amenaza y reta a su propia moralidad: “El rostro – señala Levinas – está expuesto, amenazado, como *invitándonos a un acto de violencia*. Al mismo tiempo, el rostro es lo que nos prohíbe matar” (1991: 46)¹⁹. En efecto, Paul tiene una invitación abierta para acabar con su enemigo, pero decide no hacerlo. Paul se acerca al herido, y los ojos temerosos del soldado francés se clavan en él:

Da schlägt er die Augen auf. Er muss mich noch gehört haben und sieht mich mit einem Ausdruck furchtbaren Entsetzens an. Der Körper liegt still, aber in den Augen ist eine so ungeheure Flucht, dass ich einen Moment glaube, sie würden die Kraft haben, den Körper mit sich zu reißen. Hunderte von Kilometern weit weg mit einem einzigen Ruck. Der Körper ist still, völlig ruhig, ohne Laut jetzt, das Röcheln ist verstummt, aber die Augen schreien, brüllen, in ihnen ist alles Leben versammelt zu einer unfassbaren Anstrengung, zu entfliehen, zu einem schrecklichen Grausen vor dem Tode, vor mir. (Remarque 1929: 218)

Paul experimenta de nuevo la mirada de esos ojos que, según Levinas, se encuentran absolutamente desprotegidos, pero que sin embargo oponen una resistencia absoluta a la tentación del asesinato. Paul afirma: “Die Augen folgen mir. Ich bin unfähig, eine Bewegung zu machen, solange sie da sind” (Remarque 1929: 218). Apelado por el rostro del Otro, Paul asegura al soldado que no le va a matar. Como lo expresa Levinas: “Si estoy yo sólo con el otro, se lo debo todo” (1991: 49). Paul deja de lado las identidades sociales que, hasta ahora, los habían identificado como enemigos mutuos, y hace todo lo posible por atender las necesidades

¹⁹ La cursiva es propia.

materiales del Otro: alivia su dolor, venda sus heridas, le da de beber e intenta calmar su miedo. Paul reconoce plenamente el principio levinasiano de que el rostro del Otro hace que el asesinato sea moralmente imposible.

Poco después, el soldado francés muere, desangrado. Dirigiéndose al muerto, al que ahora llama *camarade*, Paul asegura que “du warst mir vorher nur ein Gedanke, eine Kombination, die in meinem Gehirn lebte und einen Entschluss hervorrief; diese Kombination habe ich erstochen. Jetzt sehe ich erst, dass du ein Mensch bist wie ich. [...] Jetzt sehe ich deine Frau und dein Gesicht und das Gemeinsame. Vergib mir, Kamerad!” (Remarque 1929: 222). En su rostro, Paul reconoce una identidad compartida fundamentada en una obligación moral con respecto al Otro, que va más allá de cualquier identidad cultural y nacional. La pureza de su reconocimiento está socavada por el deseo propio de redención, por la esperanza “dass ich mich dadurch freikaufe und vielleicht hier doch noch herauskomme, eine kleine Hinterlist” (Remarque 1929: 224). Pero a pesar de este impulso egoísta, aunque comprensible, Paul reconoce su compromiso ético.

En el proceso de humanizar a su anterior enemigo, no solo reconoce su rostro, sino que además lo nombra: Gérard Duval, el único soldado al otro lado de la trinchera al que se le dota de nombre en la novela de Remarque. E inmediatamente después, Paul pronuncia una de las mayores expresiones de sentimiento antibelicista que se pueden encontrar en la novela: “‘Kamerad’, sage ich zu dem Toten hinüber, aber ich sage es gefasst. ‘Heute du, morgen ich. Aber wenn ich davonkomme, Kamerad, will ich kämpfen gegen dieses, das uns beide zerschlug: dir das Leben – und mir – ? Auch das Leben. Ich verspreche es dir, Kamerad. Es darf nie wieder geschehen” (Remarque 1929: 225).

Posteriormente, cuando Paul vuelva sano y salvo con sus compañeros, acabará rechazando este momento de reconocimiento con el enemigo, que considerará una mera tontería. Pero, por un momento, ha reconocido la humanidad del Otro y la imposibilidad ética de matarlo, a pesar del contexto deshumanizador de la guerra. Paul, de forma humanamente imperfecta, ha respondido a la llamada del rostro del Otro. Y es que, como nos pregunta Levinas, el mal del sufrimiento

¿no es al mismo tiempo lo inasumible y, también, merced a su no integración en un orden y en un sentido, la posibilidad de una curación y, más exactamente, aquella en la que tiene lugar un ruego, un grito, un gemido o un suspiro, demanda de ayuda originaria, petición de un auxilio curativo, un auxilio de otro yo cuya alteridad, cuya exterioridad promete la salvación? (Levinas 2005: 117)

5. Conclusiones

Los escenarios bélicos de la Primera Guerra Mundial han sido frecuentemente descritos en la literatura, en los testimonios de los propios combatientes y en las intersecciones entre ambos como un espacio profundamente deshumanizador, en el que el armamento moderno eliminaba del conflicto cualquier rasgo épico o heroico para dar paso a una masacre industrializada. El soldado proletarizado que participaba en él aparecía desprovisto de cualquier individualidad, sometido a la maqui-

naria bélica de la que dependía y de la cual constituía un mero apéndice fácilmente reemplazable.

En este contexto, las novelas antibelicistas, que gozaron de una amplia popularidad desde finales de los años 20, daban cuenta del aislamiento, la incompreensión intergeneracional, el desgarró emocional y la pérdida de los valores humanos experimentados por los soldados rasos de todos los países beligerantes. *Sin novedad en el frente*, sin duda el más popular de entre los textos que surgieron una década después del conflicto, da voz a toda una generación de soldados que perdieron su juventud en la guerra, movilizados por los arquitectos ideológicos del conflicto, aturdidos por el fenómeno de la muerte en masa serializada y asaltados por el sentimiento general de incompreensión y la fragilidad del lenguaje ante la experiencia vivida.

En la novela de Remarque, la camaradería y la fraternidad entre soldados aparecen a menudo como la única respuesta positiva a la profunda deshumanización personal y colectiva provocada por la experiencia de la guerra. Este sentimiento, surgido de la solidaridad ante el sufrimiento y de una comprensión mutua que no requiere de palabras, sino de una experiencia en común vivida en el cuerpo, difícilmente podía extenderse al enemigo, imaginado por la propaganda racista del nacionalismo menos como una figura real que como una idea perniciosa que debía ser aniquilada.

No obstante, ciertos episodios presentes en la novela, breves pero de gran intensidad, evidencian una concepción del enemigo mucho más humana. La adopción de la perspectiva filosófica de Emmanuel Levinas permite arrojar una importante luz sobre las posibilidades de encontrar un refugio moral en medio de los bombardeos y el fuego balístico. En varios instantes, Paul Bäumer reconoce plenamente el imperativo ético levinasiano surgido del rostro del Otro, que elimina las barreras nacionales y culturales, llama al entendimiento e introduce la imposibilidad de matar. Y ello en un espacio en el que cualquier consideración de carácter ético se creía superficial y contraproducente.

6. Referencias bibliográficas

- Anders, Günther. *George Grosz. Arte revolucionario y arte de vanguardia*, traducido por Jorge Segovia, Vigo, Maldoror Ediciones, 2005.
- Anders, Günther. *Die Antiquiertheit des Menschen. Band I. Über die Seele im Zeitalter der zweiten industriellen Revolution*. Múnich, C. H. Beck, 2018a.
- Anders, Günther. *Die Antiquiertheit des Menschen. Band II. Über die Zerstörung des Lebens im Zeitalter der dritten industriellen Revolution*. Múnich, C. H. Beck, 2018b.
- Arasse, Daniel. *La guillotina y la figuración del terror*, traducido por Carmen Clavijo Ledesma, Barcelona, Labor, 1989.
- Arendt, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo*, traducido por Guillermo Solana, Madrid, Taurus, 1998.
- Balibar, Étienne. "Racismo y nacionalismo." *Raza, Nación y Clase*, editado por Étienne Balibar e Immanuel Wallerstein, traducido por Juan Antonio Hernández García, Iepala, 1991, pp. 63-110.

- Barszczak, Stanisław. "War, Peace and Love by Emmanuel Lévinas." *Lingua ac Communitas*, 22, 2012, pp. 33-58.
- Bartov, Omer. *Murder in Our Midst. The Holocaust, Industrial Killing, and Representation*. Nueva York, Oxford University Press, 1996.
- Bartov, Omer. *Mirrors of Destruction: War, Genocide, and Modern Identity*. Nueva York, Oxford University Press, 2000.
- Benjamin, Walter. „Theorien des deutschen Faschismus. Zu der Sammelschrift ‚Krieg und Krieger‘. Editado por Ernst Jünger.“ *Gesammelte Schriften, Band III: Kritiken und Rezensionen*, editado por Hella Tiedemann-Bartels, Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser, Suhrkamp Verlag, 1972, pp. 238-250.
- Benjamin, Walter. „Der Erzähler. Betrachtungen zum Werk Nikolai Lesskows.“ *Erzählen. Schriften zur Theorie der Narration und zur literarischen Prosa*, editado por Alexander Honold, Suhrkamp Verlag, 2007, pp. 103-128.
- Calero Valera, Ana Rosa. "Novelas de guerra en lengua alemana." *Letras desde la trinchera. Testimonios literarios de la Primera Guerra Mundial*, editado por Carme Manuel e Ignacio Ramos, Universitat de València, 2015, pp. 133-157.
- Eksteins, Modris. "All Quiet on the Western Front and the Fate of a War." *Journal of Contemporary History*, 15, 1980, pp. 345-366. <https://doi.org/10.1177-/002200948001500207>
- Fagenblat, Michael, y Arthur Cools (eds.). *Levinas and Literature*. Berlín, De Gruyter, 2021.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*, traducido por Aurelio Garzón del Camino, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1990.
- Fussell, Paul. *The Great War and Modern Memory*. Nueva York, Oxford University Press, 2013.
- Gramsci, Antonio. "Americanismo y fordismo." *Cuadernos de la cárcel. Tomo 6*, editado por Valentino Gerratana, traducido por Ana María Palos, Ediciones Era, 2000, pp. 59-95.
- Hamilton, Ian (ed.). *The Poetry of War. 1939-1945*. Londres, Alan Ross, 1965.
- Hobsbawm, Eric. *Sobre la historia*, traducido por Jordi Beltrán y José Ruiz Hernández, Barcelona, Crítica, 1998.
- Hobsbawm, Eric. *La era del imperio, 1875-1914*, traducido por Juan Faci Lacasta, Barcelona, Crítica, 2009.
- Hüppauf, Bernd. "Introduction. Modernity and Violence: Observations Concerning a Contradictory Relationship." *War, Violence, and the Modern Condition*, editado por Bernd Hüppauf, De Gruyter, 1997, pp. 1-29.
- Jacques, Johanna. "Where Nothing Happened: The Experience of War Captivity and Levinas's Concept of the 'There Is'." *Social & Legal Studies*, 26, 2016, pp. 230-248. <https://doi.org/10.1177/0964663916661875>
- Jünger, Ernst. *Der Kampf als inneres Erlebnis*. Berlín, Mittler & Sohn, 1926.
- Jünger, Ernst. „Die totale Mobilmachung.“ *Krieg und Krieger*, editado por Ernst Jünger, Junker und Dünnhaupt, 1930, pp. 9-30.
- Keegan, John. *The Face of Battle: A Study of Agincourt, Waterloo and the Somme*. Londres, Penguin Books, 1983.
- Leed, Eric J. *No Man's Land. Combat and Identity in World War I*. Cambridge, Cambridge University Press, 1979.
- Levi, Primo. *Los hundidos y los salvados*, traducido por Pilar Gómez Bedate, Barcelona, Muchnik Editores, 2001.

- Levinas, Emmanuel. *El humanismo del otro hombre*, traducido por Daniel Enrique Guillot, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1974.
- Levinas, Emmanuel. *Ética e infinito*, traducido por Jesús María Ayuso Díez, Madrid, Visor, 1991.
- Levinas, Emmanuel. *Difícil libertad. Ensayos sobre el judaísmo*, traducido por Juan Haidar, Madrid, Caparrós Editores, 2005.
- Maier, Charles S. "Between Taylorism and Technocracy: European Ideologies and the Vision of Industrial Productivity in the 1920s." *Journal of Contemporary History*, 5, 1970, pp. 27-61. <https://doi.org/10.1177/002200947000500202>
- Maier, Hans. "Potentials for Violence in the Nineteenth Century: Technology of War, Colonialism, 'the People in Arms'." *Totalitarian Movements and Political Religions*, 2, 2001, pp. 1-27. <https://doi.org/10.1080/714005433>
- Marc, Franz. *Briefe, Aufzeichnungen und Aphorismen. Erster Band*. Berlín, Paul Cassirer, 1920.
- Marx, Karl, y Friedrich Engels. „Manifest der Kommunistischen Partei.“ *Marx-Engels-Werke (MEW)*. Band 4. Institut für Marxismus-Leninismus beim ZK der SED, 1977, pp. 459-493.
- Middleton-Kaplan, Richard. "Facing the Face of the Enemy: Levinasian Moments in 'All Quiet on the Western Front' and the Literature of War." *Modern Fiction Studies*, 54, 2008, pp. 72-90. <https://doi.org/10.1353/mfs.2008.0020>
- Mosse, Georg L. *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*. Nueva York, Oxford University Press, 1990.
- Reemtsma, Jan P. „Die Idee des Vernichtungskrieges.“ *Vernichtungskrieg. Verbrechen der Wehrmacht 1941 bis 1945*, editado por Hannes Heer y Klaus Naumann, Hamburger Institut für Sozialforschung, 1997, pp. 377-401.
- Remarque, Erich Maria. *Im Westen Nichts Neues*. Berlín, Propyläen Verlag, 1929.
- Rugg, Julie. "Defining the Place of Burial: What Makes a Cemetery a Cemetery?" *Mortality*, 5, 2000, pp. 259-275. <https://doi.org/10.1080/713686011>
- Taylor, Frederick. *Principios de la administración científica*, traducido por Ramón Palazón, Ciudad de México, Herrero Hermanos, 1968.
- Traverso, Enzo. *La violencia nazi. Una genealogía europea*, traducido por Beatriz Horrac y Martín Dupaus, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2002.
- Weber, Max. „Parlament und Regierung im neugeordneten Deutschland.“ *Gesammelte politische Schriften*, editado por Johannes Winckelmann, Mohr Siebeck, 1971, pp. 306-443.
- Witkop, Philipp (ed.). *Kriegsbriefe gefallener Studenten*. Leipzig y Berlín, Teubner, 1918.